mujeres, tal como lo hemos descrito en nuestro artículo *Vestidos de los primeros cristianos*, y tal como aparece en las figuras que ilustran la presente noticia. En general es el *pallium* ó la dalmática los que recubren la túnica. Los mosáicos (véase Ciampini. *Vet. mon.*, II, tab. LIII, LIV) la representan adornada la cabeza con ricas diademas, cubierta de lujosas telas y de otros adornos conformes al gusto de la época ya avanzada del arte bizantino en que se ejecutaron, comúnmente el siglo IX.

Marangoni (*Cose gentilesche*, pág. 143) menciona una imagen muy antigua de la Santa Virgen, vista por él en el cementerio de Ciriaco, la cual tenía un paludamento de oro sobre otros vestidos ó túnicas verdes y rojas: «*Ha paludamento d'oro sopra altre vestri e tuniche verdi e rosse*. Pero esto es una particularidad, una idea de artista, que no constituye nunca un tipo normal.

Algunos vasos dorados, monumentos, como se sabe, de los más antiguos y de los más interesantes que nos ha transmitido la primitiva Iglesia, ofrecen, bajo este aspecto, notables diferencias. Citaremos, en particular, el número 11.° de la lámina IX de la obra del P. Garrucci. Se ve allí á María con la *stola* matronal, recubierta de una pequeña túnica ceñida y dentellada, que desciende únicamente hasta la parte inferior de los muslos; es probablemente la que los Griegos llamaban *cypassis*, κύπασσις (Garrucci, 27): sus hombros están cubiertos con un pequeño manto sin broche, que cae á cada lado á manera de banda ó de *orarium*. Su cuello está adornado con un collar, y su cabeza con el nimbo.

Como, de todos los Santos, María es la más inmediata á Jesucristo, en razón de su divina maternidad, á la cual se une la gloria de una virginidad perpetua, su nimbo está algunas veces embellecido con adornos particulares que la distinguen de los demás Santos, es decir, de segmentos cuyos vacíos están llenos de pequeñas cruces ó de estrellas y de piedras preciosas, reales ó figuradas. Debemos á Borgia (*De cruce velit.*, pág. CXXVII) la descripción de este tipo, del que no conocemos otro ejemplo, pero que no debe ser anterior al siglo VI, época que vió agregar al nimbo de Nuestro Señor la cruz ó el monograma. Un tríptico antiguo de Luca (véase Donati. *Dittici de gli ant.*, tav. VI, pág. 219) ofrece una singularidad que merece ser notada aquí. La Santa Virgen, de pie entre dos ángeles, llevando su divino Hijo en los brazos, está vestida con la *pénula*, completamente conforme con la planeta ó casulla antigua, tal como se la observa en las más antiguas imágenes de San Gregorio el Grande (véase Macri. *Hiero-lexic.*, ad voc. *Casula*, y la figura de nuestro artículo *Casulla*).

VIII. No podríamos ya terminar convenientemente este artículo, que la especialidad de esta colección nos ha obligado á mantener en el círculo rigoroso de la arqueología, sino por la explicación de un monumento que, en un conjunto de misteriosas circunstancias, expresa con exactitud completamente teológica la naturaleza del culto dado por la antigüedad á la Madre de Dios, así como la confianza que nuestros padres tenían en su mediación. Se trata de una piedra grabada de rara elegancia, procedente del museo Vettori (*Num. ær. explic.*, pág. 61), donde la augusta Virgen está representada en actitud de orar, es decir, con los brazos extendidos y la cabeza aureolada y velada. Contra su pecho, según el tipo bizantino, está el Niño Jesús con el nimbo crucífero. Ambos están colocados en una especie de urna que, de cada uno de sus costados, como de dos fuentes, deja escapar

un arroyuelo. En el campo están grabadas las iniciales **MP ‖ ΘΥ**, *Mater Dei*, y además el término **ΠΗΓΗ**, *fons*. Este último vocablo se aplica al Dios-Niño, que es la fuente á donde somos llamados para tomar todos los bienes, según las palabras de Isaías: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*, «tomaréis las aguas con alegría en las fuentes del Salvador» (Is., XII, 3), y á la cual debemos ir por María, que á su vez es declarada, en el *Cantar de los Cantares*, el canal de las gracias, la *fuente* secundaria de los favores celestes: *Puteus aquarum viventium quæ fluunt impetu de Libano* (Cant. IV, 15), «el pozo de las aguas vivas que corren con impetuosidad del Líbano».

**VÍRGENES CRISTIANAS.**—Desde el origen del cristianismo, las mujeres tuvieron á honor imitar á la Madre de Dios por la profesión pública de la virginidad. Santa Petronila y Santa Tecla pasan por haber recibido de San Pedro y de San Pablo la consagración virginal (véase Suárez, t. III. *De relig.*, c. 3, n. 12); y se dice que, en su misión de Etiopía, San Mateo la confirió á Santa Ifigenia y á algunas otras vírgenes (*Martyrol. Rom.*, XXI sept.). Se dice en los *Actos de los Apóstoles* (XXI, 6) que las cuatro hijas del diácono Felipe vivían en la virginidad y estaban dotadas del



don de profecía (véase también á Euseb. *Hist. eccl.*, l. III, c. 30); y sabemos que el Papa San Clemente había dado, con sus propias manos, el velo á Flavia Domitila, sobrina del cónsul Flavio Clemente (Adón. *Martyrol.*, VII *maii*). No hay un Padre en los tres primeros siglos que no mencione esta santa profesión; y lo que dicen de ella San Ignacio, en sus diversas epístolas, Tertuliano, San Cipriano y otros muchos (véase Bingham. *Origin.*, III, 96), supone siempre una consagración solemne y una profesión pública. Este último Padre llama á las vírgenes «la flor de la familia de la Iglesia, la más ilustre parte del rebaño de Cristo» (*De habit. virgin.*).

Desde esta época, es decir, desde los siglos de persecución, sus votos eran irrevocables: *E proposito regredi non poterant* (idem, l. I, *ep.* 2.—*Concil. Illib.* c. XIII); habitaban en sus propias casas, pero lejos de las miradas y de la conversación de los hombres (Cypr., ibíd.), y cuando no podían subvenir á su subsistencia, la Iglesia les concedía una parte en las oblaciones de los fieles. La existencia de vírgenes cristianas consagradas á Dios nos ha sido revelada también por el testimonio de un historiador pagano. Amiano Marcelino (XVIII, 10) refiere que hechas cautivas varias de estas vírgenes por Sapor, durante su guerra con los Romanos en Mesopotamia, es decir, hacia la mitad del siglo III, fueron tratadas de una manera conveniente por este Rey bárbaro: *Inventas tamen alias quoque virgines christiano ritu cultui divino sacratas custodiri intactas, et religioni servire solito more, nullo vetante præcepit*, «ordenó que se conservaran intactas y que les fuese permitido dedicarse á los ejercicios religiosos á que estaban consagradas».

En las actas de San Dídimo y de Santa Teodora (Ruinart, pág. 352), el voto de continencia pronunciado por ésta, está expresado formalmente. Ella responde al procónsul (n. I): «Por lo que concierne á mi voto, es una promesa hecha á Dios», *Dei enim est promissio quantum ad meum votum pertinet.* Y hablando de la protección que tienen segura por parte de Dios, dice ella que el Señor sabrá preservarla de todo inmundo contacto «la que es para él» *munus suum*; en otra parte, «su paloma», *quemadmodum columbam suam, custodiat* (ibíd); en otra parte (III) *agnam suam*, «su oveja».

En el siglo IV la paz concedida á la Iglesia multiplicó hasta lo infinito las vírgenes cristianas. La Iglesia de Constantinopla contaba solamente ella más de mil (Chrysost. *Homil.* LXVII. *In Matth.*). En esta época es cuando la vida común propiamente dicha comenzó á ser practicada tanto en Oriente como en Occidente (véase el artículo *Monasterios*). Las vírgenes cristianas se ocupaban en la oración, en el ayuno y en los trabajos manuales; llevaban vestidos modestos de color obscuro, con un cinturón de lana (Hieron. *Epist. ad Marcell. ad Gaudent.*, etc.). Recitaban en sus casas los salmos en las horas canónicas (idem, l. I. *Adv. Pelag.*). En los domingos y días festivos se reunían todas juntas en la iglesia, donde asistían á la celebración de los santos misterios en un lugar reservado y fuera de la vista de los demás fieles. Estaban colocadas bajo la vigilancia de las diaconisas, que respondían de ellas al obispo.

Para las vírgenes cristianas había dos grados diferentes y sucesivos de consagración (Innocent. PP. l. *Epist. ad Victric. episc. Rothom.*). La primera consagración consistía en una promesa de vida virginal hecha espontáneamente por una joven, que desde entonces era llamada *Deo devota* ó *Deo devotans* (Gazzera. *Iscriz. del Piem.*, pág. 86.—Le Blant, t. I, pág. 366). Seguían habitando su propia casa, y sin cambiar la forma de su vestido, no usaban mas que colores obscuros. El estado de estas vírgenes era una especie de noviciado, aunque varias permaneciesen en él toda su vida. Podía ingresarse de diez y seis años (Basil. *Epist. ad Amphiloch.*, c. XVIII), y algunas veces mucho más pronto, testigo la joven Asela, que también se consagró á la virginidad poco después de cumplir doce años (Hieron. *Epist. ad Marcell.*).

Se ha encontrado recientemente en el cementerio de Calixto el epitafio de una joven que se había igualmente consagrado á Dios á la edad de doce años: PRIE IVN PAVSA ‖ BET PRAETIOSO ANNORVM PVLLA ‖ VIRGO XII TANTVM ‖ ANCILLA DEI ET XPI..... (Véase De'Rossi, I, página 213, n. 497). Existen epitafios de niños de corta edad, el de Serenila, por ejemplo, muerta de un año y de un mes, mencionando la virginidad: **CEPHNIAAA ΠΑΡ ΘΕΝΟC**. Esto denota, sin duda, la grande estimación que los primeros cristianos profesaban á la pureza del cuerpo, cuando todavía no había llegado una niña á la edad en que podía ser violada; y tenemos de ello otro ejemplo muy evidente en Maffei (*Ant. Gall.*, ep. XX, pág. 101), en el que se dice de un niño muerto á los cuatro años y ocho días, que conservó intacta su carne: ADVLESCENS INTEGRE CARNIS VIXIT NUMERO IV D. VIII. Pero ¿no podría conjeturarse también de este hecho, que ya entonces padres piadosos consagraban algunas veces sus hijos á la vida virginal desde sus primeros años, salvo la probabilidad de no vocación, y que aquellos cuyos epitafios hacen una mención tan extraordinaria eran los que se han llamado después *oblatos?* (véase el artículo *Oblatos*).

La segunda consagración, que era la profesión propiamente dicha, no tenía lugar antes de los veinticinco años (*Concil. Carthag.*, III, c. 4), y varios concilios quieren que se difiera hasta los cuarenta. Estas vírgenes profesas son llamadas en los mármoles *Deo sacratæ* (De Boissieu. *Inscr. de Lyon*, pág. 550.—Gazzera, *loc. laud.*), ó *virgines Dei* (Fabretti, pág. 567),

ó *Christo dicatæ*: esta última calificación se aplica á Constanza hija de Constantino el Grande, en una célebre inscripción damasena acróstica (Baron. Ann. 324, n. 107). Recibían de la mano del obispo, á quien sólo correspondía el derecho de darla, la consagración propiamente dicha, con la imposición del velo (véase el artículo *Flammeum virginale*), ceremonia que no tenía lugar, salvo el caso de peligro de muerte, sino en las principales festividades del año, y especialmente, según una constitución del Papa Gelasio (*Epist.* IX, c. 12. *Ad episc. Lucan.*), el día de la Epifanía, ó domingo *in albis*, y en las fiestas de los Apóstoles y de la Santa Virgen. Pueden verse en Martène los ritos que se observaban (*De antiq. Eccl. rit.*, l. II, c. 6), y en el volumen III de las obras de San Gregorio el Grande (Edit. Maurin.) la misa que se celebraba además de una oración especial, *Super ancillas velandas*. Apenas es posible desconocer la representación de la imposición del velo en una virgen cristiana en el fresco del cementerio de Priscila (Bosio, pág. 549) cuyo dibujo reducido damos aquí. Se cree que esta virgen no es otra que Santa Práxedes ó Santa Pudenciana. El pontífice sería, pues, el Papa Pío I, y el sacerdote que lo acompaña, San Pastor, su hermano, y esta interesante escena se remontaría á la primera mitad del siglo II.

La distinción entre estas dos clases de vírgenes está expresada claramente, ya en la carta citada de Gelasio: DEVOTIS DEO VIRGINIBUS *in Epiphaniarum die*..... SACRUM VELAMEN *imponunt episcopi;* ya por varios monumentos epigráficos, de los cuales no daremos á conocer más que dos: FVRIA ELPIS VIRGO DEVOTA (Fabretti, pág. 567, n. 119), y la inscripción de una piedra sepulcral de Tréveris que había sido dedicada á una religiosa profesa, PVELLA DEI HILARITAS, por una religiosa novicia, LEA DEVOTANS DEO PVELLA (Le Blant. *Inscr. chrét. de la Gaule.*, I, pág. 366). Existe en Verceil (véase Gazzera. *Iscriz. del Piemonte*, página 93) una bella inscripción métrica y acróstica de cuatro hermanas que fueron consagradas á Dios: LICINIA-LEONTIA-AMPELLIA-FLAVIA, habiendo sido dedicado el monumento á estas vírgenes por otra virgen, su sobrina, TAVRINA, que vivía en el mismo monasterio. El abate Gazzera publica también (pág. 86) el epitafio de una virgen llamada Zenobia, CENOBIA DO SACRATA, muerta en 471, habiendo pertenecido á la Iglesia de Verceil.

Apenas es en la segunda mitad del siglo V cuando encontramos la denominación de SANCTIMONIALIS en inscripciones de Tréveris (Le Blant, n. 259), y el nombre de RELIGIOSA, que ha quedado en nuestro lenguaje, se reproduce en la epigrafía, como en los textos, á principios del VI (ibíd., Pref., c. 10).

Respecto al nombre de Nonna, usado desde los primeros siglos para designar una persona piadosa, no parece haber sido dado exclusivamente á las religiosas antes del siglo VIII. El primer documento donde lo encontramos empleado en este sentido es un Concilio de Alemania celebrado en 742 (can. 6, ap. Labbe, t. VI, col. 1.535).

Entre las vírgenes más célebres del siglo IV, puede citarse á Constanza, de quien hemos hablado más arriba, princesa que se había retirado cerca del sepulcro de Santa Inés, donde le había sido milagrosamente devuelta la salud; y Marcelina, hermana de San Ambrosio, la cual, hacia la mitad del mismo siglo, recibió el velo de manos del Papa Liberio. El discurso pronunciado por este Pontífice en esta memorable circunstancia, se lee en el libro III del tratado del santo obispo de Milán, *De virginibus*. Marcelina reunió en su casa de Roma algunas otras vírgenes, entre las cuales figuran Cándida é Indicia, cuyos nombres nos han sido conservados. Todos los coleccionadores de inscripciones han publicado una multitud de *tituli* de vírgenes cristianas (véase en particular á Fabretti, Boldetti, Gruter, Reinesio, Perret, etc. — Véase De'Rossi, I, 325 y *passim.*).

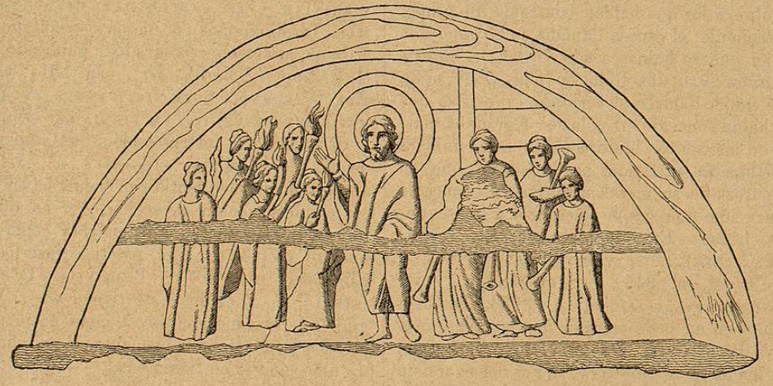
En su *Boletín arqueológico* (1863, Octubre), este último sabio copia cierto número de ellos encontrados cerca de San Lorenzo extramuros, lo que confirma la existencia en este sitio de un monasterio hacia la mitad del siglo IV, el de Marcela probablemente. Además de aquellos que indican textualmente la profesión de la santa virginidad, existen otros que no la manifiestan sino de un modo imperfecto ó en términos velados. Tal es el epitafio de ADEODATA..... QUIESCIT HIC IN PACE IVBENTE XPO EIVS. Estas últimas palabras indican que ha sido llamada á la paz *por Cristo, su esposo*. Si esto tuviese necesidad de pruebas, las encontraríamos fácilmente en otros monumentos epigráficos, donde las santas vírgenes son llamadas esposas de Cristo. Así, EVSEBIA..... que ESPONSVM EMERVIT HABERE XPI. (Murat., I, página 130).



**VÍRGENES PRUDENTES Y VÍRGENES NECIAS.**— Bosio encontró en el cementerio de Santa Inés (Cf. Bottari, tav. CXLVIII) una curiosa pintura de *arcosolium* en la cual está representada de una manera indudable la primera parte únicamente de este asunto. En el centro se ve una mujer en actitud de orar, vestida con una dalmática adornada por delante con dos bandas de púrpura, y esta mujer no es otra que la imagen de la persona inhumada en este sepulcro. A sus pies está una paloma con las alas desplegadas, que representa el alma de la difunta, escuchando la voz del esposo, que le dirige estas suaves palabras (*Cantic.*, II, 10): «Ven, oh paloma mía.» A la derecha de esta mujer están figuradas las cinco vírgenes prudentes, vestidas asimismo con dalmáticas de *clavi* de púrpura, y llevando cada una en la mano derecha un hachón, y en la izquierda un vaso con asas, en el cual debe reconocerse el vaso con aceite de que ellas habían tenido cuidado de proveerse (Matth., XXV, 4). Sin embargo, la primera, la que parece llamar á la puerta del salón del festín, tiene un hachón encendido. Al otro lado de la *orante* se ven otras cinco mujeres, probablemente las mismas, sentadas en una mesa donde hay dos platos, una pequeña *lagena* y dos panes. Inútil es agregar que esta última escena representa el banquete de bodas.

Existe en el cementerio de Ciriaco una pintura inédita del mismo asunto, pero más completa, porque las vírgenes necias están también representadas. Nosotros no hemos podido, guiados por M. el caballero De'Rossi, percibir este interesante monumento sino á una considerable distancia, á favor de un desprendimiento exterior que vino hace poco á ponerla en descubierto.

Pero después se ha encontrado el medio de penetrar en la cripta y dibujar el fresco que damos á continuación según el Boletín arqueológico del sabio anticuario romano (1863, página 76). Las vírgenes necias están á la izquierda de Cristo: se las reconoce en sus hachones apagados y dirigidos hacia abajo. Nuestro Señor, vuelto hacia las vírgenes sabias, les indica con la mano el festín celeste al cual



las convida. M. De'Rossi cree con todo fundamento que esta pintura, única en su género hasta hoy, decora el sepulcro de una virgen consagrada á Dios; y esta conjetura tiene gran valor en un conjunto de circunstancias que parecen suponer la existencia de un monasterio primitivo en este sitio. El sarcófago que corona el arco decorado con esta pintura, tiene en la parte anterior una *orante*, que es la difunta, y dos personajes que corren una cortina, alegoría evidentemente relativa á la introducción del alma en el Paraíso por dos santos, San Pedro y San Pablo probablemente; la doctrina es conocida; pero esta manera de representarla es nueva, es el primer ejemplo que puede citarse (véase este segundo asunto en nuestro artículo *Paraíso*).

Parece que las representaciones de esta naturaleza conservaron largo tiempo su popularidad. Leemos en el libro de los pontífices romanos (n. 435), que el Papa Pascual I (siglo IX) regaló al altar de la basílica de Santa Práxedes un velo tejido de oro y de pedrerías, en el que está bordada ó pintada con maravilloso arte la historia de las vírgenes sabias: *Vestem chrysoclabam ex auro gemmisque confectam, habentem historiam virginum cum facibus accensis, mirifice comptam atque decoratam.*

Según Beda (*In Matth.*, XXV), nuestra Galia ha facilitado algunos epitafios de religiosas donde se hace alusión á las vírgenes sabias; M. Le Blant ha incluído en su colección (números 199 y 392) los dos más conocidos: uno es de Jouarre, el otro de Aosta (Isère). Las vírgenes prudentes son la imagen de los elegidos, y las vírgenes necias las de los réprobos, quienes, unos y otros, resucitarán el último día para ser juzgados cada uno según sus obras. San Hilario (*In Matth.*, XXVII) da

una explicación de ellas que, con más detalles, se reduce á los mismos términos.

**VIRGINIUS, VIRGINIA.**—Debemos una explicación sobre esta fórmula, que se encuentra algunas veces en las inscripciones cristianas desde fines del siglo III, y que puede ser una dificultad para los principiantes; porque han existido anticuarios que quisieron ver en ella nombres propios. El primer ejemplo de fecha cierta que tenemos de esta expresión lo facilita un epitafio de Roma del año 291, que Boldetti ha publicado el primero (pág. 87) y que M. De'Rossi reproduce con más exactitud (t. I, n. 17); un esposo dedica á su esposa, Cervonia Silvana, este elogio: EX VIRGINIO TVO BENE ‖ MECO (MECVM) VIXSISTI LIB. ENIC ‖ ONIVGA INNOCENTISSI ‖ MA; lo que quiere decir: *Bene vixisti mecum libenter, qui fui virginius tuus*, es decir, *conjux ex virginitate*; «tú has vivido sabiamente conmigo, que he sido tu *virginius*, es decir, conmigo, que no he tenido otra esposa antes que tú, oh esposa mía inocentísima, Cervonia Silvana».

Los primeros cristianos daban, pues, este nombre á los que habían contraído un primer matrimonio: el esposo llamaba su *virginia* á la mujer que se había casado virgen, *et quidem virginem duxit*, dice Reinesio (Class., XIV, n. 3), y la mujer llamaba su *virginius* al esposo que no había conocido otros lazos. Agradaba marcar en las tumbas la duración de estas uniones afortunadas, preferidas por la Iglesia, que, en la pureza de su moral primitiva, no concedió nunca sino una simple tolerancia á las segundas bodas: EVDOXIAE CARISSIMAE FEMINAE..... FECIT CVM VIRGINIO SVO ANNOS..... (De'Rossi, n. 346).—SABINIANVS..... CVM VIRGINIA SVA..... (ídem, n. 363). También leemos en un bello mármol de San Ambrosio de Milán (Ferrari. *Monum. De S. Ambrogio.*, página 55), de NONNITA, mujer del exorcista SATVRVS: QVI (*sic*) VIX. CVM. VIRGINIVM SVVM. AN. XVIII. ET MEN. III. DIEX. X.—Citemos todavía ésta, publicada por Boldetti, pág. 369, y que encierra un tierno elogio á la castidad y al pudor de la *virginia* Atilia: CASTITATIS PVDICITIAE ATI ‖ LIAE FECIT VICTOR VIRGINIAE ‖ SVAE QVI VIXIT CVM EO (*sic*) ANNIS XIII.—En otras partes (De'Rossi. *Roma sott.*, III, tav. XXIV): MARITVS VIRGINIAE SVAI (*sic*).

Esta fórmula parece ser más rara en nuestra Galia; tenemos, sin embargo, en la colección de M. Le Blant (I, 400) un epitafio de Tréveris que ofrece un interesante ejemplo: «Aquí descansa en paz VALENTINA, fiel (es decir, bautizada), que ha vivido veintiocho años y cinco meses: GERMANIO SU VIRGINIVS, y sus hijos, le han dedicado este título, TITVLVM, en testimonio de su cariño.»

Por lo poco que hemos dicho, se ve que Spon (*Mélanges d'antiq.*, pág. 245) se equivoca al interpretar la fórmula que nos ocupa como un testimonio de fidelidad conyugal: *Qui fidem maritalem nunquam violarunt.* Guasco (*Mus. capitol.*, n. 390) no es más verdadero cuando afirma que debe entenderse de aquellos que, voluntaria ó forzosamente, conservaron la virginidad en el matrimonio, *qui aut sponte aut invite virginitatem etiam in conjugio servarunt.* Esta opinión está desmentida por el epitafio de VALENTINA que acabamos de citar: esta mujer tenía hijos, puesto que se asociaron á su padre para cuidar de su sepultura. No es dicha opinión menos opuesta á los datos que nos facilita el mármol de NONNITA, mujer del exorcista SATVRVS, mármol que lleva también el *titulus* de su hija MAVRA, casada en las mismas condiciones que su madre: VIXIT. CVM VIRGINIO. SVO. AN. VI. M. VIII. DIES. XV. PECORIVS. VIRGINIVS. EIVS..... POSVIT. Esto resulta también implícitamente de otras muchas inscripciones, de la de VALERIA JVSTINA, por ejemplo: C. LVSIO. LVCIFERO..... VIRGINIO. ET. CONIVGI SVO. CVM. QVOD. CONVIXIT. ANNIS..... (Gruter, pág. 1143, 3). Todavía tenemos en Muratori (1342, IV) la de FELICIANVS, quien.....: FECIT SIBI. LOCVM. ET MAXIMINAE. VIRGINIAE. SVAE. CASTISSIMAE. ET DVLCISSIMAE. Terminaremos por un curioso epitafio escrito en caracteres retrógrados, publicado por el P. Lupi (*Epitaph. Sev.*, pág. 151), el de ELIA VINCENTIA QVAE VIXIT ANNVS XVI (*sic*) MESIS (MENSIBVS) II. CVM VIRGINIVM SVVM.

Si es cierta la interpretación que acabamos de dar de la palabra VIRGINIVS, no excluye absolutamente otro sentido en el cual ha podido ser empleada como excepción. Así no dudaríamos en considerar esta palabra como un nombre propio en esta patética inscripción (Boldetti, pág. 407): BIRGINIVS. PARVM. ISTETI ‖ AP. N. (*Parum stetit apud nos*), «Virginio ha permanecido poco tiempo entre nosotros.» Este es, probablemente, el epitafio de un niño muerto en tierna edad.

**VIRTUDES Y VICIOS.** (SUS REPRESENTACIONES SIMBÓLICAS.)—En la Edad Media es, sobre todo, cuando el arte cristiano se ejercitó en este género de simbolismos. Así, en una de las puertas de bronce del bautisterio de Florencia, ejecutada en 1330 por Andrés de Pisa, se ven la Esperanza y la Caridad representadas por dos figuras humanas, una con las manos juntas, la otra con una antorcha encendida. Citamos este hecho, colocado, por su fecha, fuera de los límites que nos hemos impuesto, y al cual podríamos agregar el de Giotto pintando, según las concepciones alegóricas del Dante, en uno de los muros de la famosa capilla de l'Arena, en Padua, las personificaciones de las virtudes y de los vicios (véase J. J. Ampère, *Voyage Dantesque, Padoue*), porque el tipo se encuentra exactamente en la antigüedad. Podemos señalar un ejemplo de esto en un rico sarcófago del cementerio



del Vaticano (Bosio, *Roma sott.*, pág. 75) donde estaban enterrados los cuerpos de los Papas León I, II, III y IV. En el friso que existe encima de un arco elegante protegiendo á Nuestro Señor de pie, rodeado de sus discípulos, se ven dos figuras de medio cuerpo, una de las cuales, que, según la interpretación de los sabios, sería la Esperanza, junta las manos y levanta los ojos al cielo, y la otra tiene una antorcha encendida y sería el símbolo de la Caridad, virtudes que brillaron con tan vivo esplendor en los Apóstoles.

Esta costumbre de representar con figuras humanas las virtudes y los afectos morales, es muy antigua, tanto entre los escritores como entre los artistas. Esto es lo que confirma San Paulino (*Epist.* XVI, núm. 4, edit. París, 1685): *Et Spes, et Nemesis et Amor, atque etiam Furor in simulacris coluntur*, «y la Esperanza, y Némesis y el Amor, y también el Furor, están figurados en simulacros». Los poetas cristianos se complacieron también en dar, en sus versos, un cuerpo á las virtudes y á los vicios. Así Prudencio pinta como sigue la FE y su actitud militante sobre la tierra (*Psychom.*, V, 21):

> Prima petit campum dubia sub sorte duelli
> Pugnatura FIDES, agresti turbida vultu,
> Nuda humeros, intonsa comas, exserta lacertos.

«La primera en penetrar en campo cerrado é incierto por el éxito del duelo, —Es la Fe, armada para el combate y presentando una faz adusta, — Desnudos los hombros, flotante la cabellera, los brazos tendidos.»

Pero, volviendo á los artistas, vemos en el manuscrito del *Génesis*, perteneciente á la Biblioteca Imperial de Viena, á la Penitencia representada bajo la figura de una mujer; y en las páginas 4 y 5 del *Dioscórides*, escrito á principios del siglo VI, una mujer también con la mandrágora en la mano, la cual representa la *Invención*, como lo confirma su nombre griego escrito encima de su cabeza, **ΕΥΡΕCIC**; en la pág. 6 del mismo manuscrito están á los lados de Juliana Anicia, hija de Anicio Olibrio, la *Prudencia* y la *Magnanimidad*, **ΦΡΟΝΗΣΙΣ** y **ΜΕΓΑΛΟΦΥΕΙΑ.** También está allí la *Acción de gracias*, **ΕΥΧΑΡΙΣΗΑ**, que está inclinada hasta el suelo delante de esta princesa, y parece besar sus pies.

Pero lo que vale más todavía para nuestro asunto, es que, entre las lámparas que menciona Fortunio Liceti (*De lucernis antiq.*, lib. III, cap. 10), se encuentra una en la que están pintadas dos figuras simbolizando, según la opinión de este sabio, la Fe y la Esperanza; y lo que da mucha probabilidad á su opinión es que la que él cree representar la Esperanza, está precisamente en la actitud de la figura del sarcófago citado más arriba, es decir, que tiene las manos juntas y levantadas, y que además dobla la rodilla izquierda.

Un mosáico, probablemente del siglo VII, descubierto cerca de la catedral de Pavía en 1854, ofrece figuras cuya atribución no es dudosa, porque los nombres están escritos al lado de las personificaciones. Son la *Crueldad* que combate con la *Impiedad*, y la *Fe* que aterra á la *Discordia*. Este último asunto sería, si se admitiese la interpretación del P. Mozzoni (*tav. cron.*, sec. VIII, pág. 93), alusivo á la terminación del cisma de Aquilea, acontecimiento que tuvo lugar en 552. Se encuentra en un mosáico de Cremona, casi de la misma época. Damos aquí este fragmento, porque es el mejor conservado (Mozz. *Op. et loc. laud.*).

Basta esto para demostrar que si estas especies de emblemas ó de alegorías son raras en la antigüedad propiamente dicha, no fueron nunca, sin embargo, extrañas ni contrarias á su espíritu.

**VÍSPERAS.**—Véase el artículo *Oficio divino*, III.

**VIUDAS CRISTIANAS.**—Además de las vírgenes que profesaban solemnemente la virginidad perpetua (véase el artículo *Vírgenes cristianas*), la Iglesia primitiva consagraba también á Dios las viudas que se obligaban á perseverar hasta la muerte en la viudez; San Jerónimo (*Epist.* XXVI) llama á este estado el *segundo grado de castidad*, y Tertuliano (*De veland. virg.*, IX), *viduat, viduatum.* En Roma, una noble viuda, Marcela, abrazó este género de vida á instancias de San Atanasio, que había venido á la capital del mundo cristiano huyendo de la persecución de los arrianos (Hieron. *Epist.* CXXVII): esta matrona fué la primera en establecer un monasterio propiamente dicho, *propositum monacharum*, aunque desde los siglos de persecución se hubiese visto un número considerable de vírgenes y de viudas consagradas á Dios, pero viviendo particularmente (véase el artículo *Vírgenes*).

Menos solemne que la de las vírgenes, la consagracion de las viudas podía tener lugar todos los días sin distinción (Gelas. *Epist.* IX, c. 13. *Ad episc. Lucan.*); la hacía el obispo, no en la iglesia, sino en el *secretarium* ó sacristía, y un sacerdote estaba encargado de enviar á las viudas el velo bendito por el obispo y el